

Paloma mensajera. “Ensancha la vida” 3º de ESO.

Es complicado ver como las personas que quieres van saliendo de tu vida. Es aún más difícil vivir sin su presencia, sin su compañía, porque la felicidad no es tal si no se comparte. Compartir la felicidad nos ayuda también a aliviar el peso de los malos momentos.

Me llamo Carlota, y estoy la mitad del año en el hospital, como si fuese mi segunda casa.

Me paso todos los días desganada, asumiendo que la enfermedad está comiéndose mi alegría y mi optimismo, a pesar de la ayuda que recibo por parte de mis seres queridos. Aunque asisto a las actividades del hospital lo hago más por mis padres que por mí misma.

Hace unos días conocí a Ane, una chica que se encontraba en mi misma situación, pero no le hice mucho caso, ya que su excesiva positividad y sus ganas de animar a todos me agobiaban.

A pesar de no buscar su amistad, me fue imposible entablar conversación con ella en los siguientes días, ya que su personalidad arrolladora transmitía mucha confianza.

Me di cuenta de que era todo lo contrario a mí, ella llevaba la situación como quien camina por un puente, sabiendo que la vida sigue después de los obstáculos, pero hay que superarlos sin rendirse ante ellos. Y mientras yo, dejando pasar el tiempo.

A las semanas, los médicos decidieron probar suerte con Ane, por si su cuerpo reaccionaba bien ante la quimioterapia.

El tratamiento la dejó muy débil, con náuseas y muchos dolores, por lo que decidí acompañarla. Quería que sintiera las mismas emociones que sentía yo cuando estaba con ella y la fuerza que me transmitía con solo cogerla de la mano. Quería devolvérselo, y que ella también la sintiera.

Fue empeorando por momentos, me preguntaba que más podía hacer por ella, ya que pensaba día y noche en su recuperación, sin parar de animarla.

Varios días después, parece que el primer rayo de sol entró entre las ranuras de la persiana de Ane, y se levantó con buen pie, encontrándose mucho mejor.

Pude pasar los días con ella, y seguimos asistiendo a las actividades del hospital.

El tiempo iba pasando, y su cuerpo se iba debilitando, parecía que iba perdiendo todas las batallas.

Fue duro para mí ver como las personas que menos se lo merecen se van en situaciones como estas, y ver como ella día a día iba desapareciendo.

Pese a todo, ella me llenó de fuerza, porque en el último momento sonrió y me dijo:

“Siento que mi vida se acaba, pero me voy feliz por haber conocido a gente como tú a la que he podido ayudar, y por haber luchado hasta el último instante. Lo único triste y lamentable en la vida es dejar que los problemas decidan por ti mientras tú vas tachando los días en el calendario”.